

Panorama desde el puente

El suicidio como mal social.

Por: Gustavo Berganza

El puente El Incienso es un sitio muy transitado. En las horas pico, todos sus carriles van al tope, tanto en dirección hacia el poniente como hacia el centro de la ciudad. Quienes solemos utilizarlo ya estamos al tanto que los cruces hacia la zona 2 o hacia la zona 1 son verdaderos embudos que hacen muy lento el camino. O sea, no es un sitio de gran soledad, abandonado. Y sin embargo, es el lugar que, en lo que va del año, se ha convertido en el preferido para cometer el suicidio.

En uno de los casos más conmovedores, una persona de casi mi edad, profundamente deprimido porque al parecer su esposa padecía una enfermedad muy grave, estacionó su automóvil en el carril que va hacia el poniente, prendió las luces de emergencia, se enfiló hacia la baranda y se dejó caer. No me imagino la profundidad de la desazón que ha de haber sentido para verse encaminado hacia ese callejón cuya salida sólo puede darla la autoeliminación.

El segundo caso que me impactó fue el de una joven madre, que se lanzó con su bebé en brazos.

El suicidio acarrea una doble pena porque no es solamente la pérdida de la vida de quien lo comete y el dolor consiguiente de quienes tienen que acudir a identificar el cuerpo exánime y brutalmente lastimado. A esto debe adicionarse la espera de la autopsia y el trago amargo de afrontar la solapada censura moral de quienes asisten al funeral, que ven a los deudos con condescendencia, por la idea cristiana de que quienes recurren al suicidio son cobardes.

Pero no sólo eso. La tragedia ajena despierta la curiosidad. Si no, que lo digan los pilotos que disminuyeron su marcha para ver si alcanzaban a fisgonear algo. O los transeúntes, atraídos por las sirenas de los bomberos y la palomilla de camarógrafos de nuestros sensacionalistas telenoticieros y tabloides, que luego difundirán lo que no fue un deceso en privado.

Lo que me incomoda más tal vez no sea la curiosidad. Ya se dijo que la muerte del prójimo, una vez ha ocurrido de esa manera tan visible y tan escandalosa, trae para quienes ven el cuerpo sin vida el alivio de no ser ellos quienes están ahí tendidos. Es decir, el morbo es hasta saludable, porque confirma la certeza de estar vivos y de ser exitosos sobrevivientes de una realidad amenazante. Lo que me incomoda es que en esos sitios tan transitados no haya habido nadie que se tomase la molestia de impedir el salto al vacío, entablar por lo menos una conversación que mostrase genuino interés, solidaridad por los tormentos que empujaron a esas dos personas a matarse. Algún psicólogo me lo dirá, pero supongo que esa desazón que han de tener los suicidas se acrecienta por la percepción de no tener quién los comprenda ni quién los oiga.

Nadie de quienes pasaron por el puente se tomó el tiempo para hablarles, ya no digamos para disuadirlos. Lo cual, creo yo, es un síntoma que refleja cuán enfermos estamos como sociedad.